

UN ROSTRO DE MUJER QUE SE MANIFIESTA EN LA MEMORIA DEL TIEMPO: LA MADRE EN LA LITERATURA MEXICANA DE LA INDEPENDENCIA

Ludivina Cantú Ortiz
Universidad Autónoma de Nuevo León, México

Yo quise ser como los hombres quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Julia de Burgos, Yo misma fui mi ruta

La tradición textual de la independencia americana que ha llegado hasta nosotros evidencia que su principal objetivo era el aspecto político, se trataba de utilizar todos los medios que estuvieran al alcance para conseguir el tan anhelado sueño: la libertad política de América, y en pro de este ideal se publicaron un sinnúmero de textos de distintos géneros discursivos. La prensa, por su parte, constituyó un elemento definitorio para la consecución de este propósito, por lo que se incrementó sustancialmente la actividad periodística, género que aprovecharon todos –o casi– los intelectuales de la época para apoyar la causa de la independencia.

En este periodo de gran agitación política, los acontecimientos y las ideas se sucedían rápidamente y pronto llegaban, de una u otra manera, a conocerse en la sociedad novohispana, de tal suerte que la independencia de los Estados Unidos de América, la Revolución Francesa y la invasión napoleónica en España provocaron los deseos de libertad de las colonias americanas. Este ideal libertario se acrecentó con la circulación clandestina de libros prohibidos entre la burguesía criolla y la difusión de un periodismo didáctico y reformador. En este contexto político e intelectual surgió la literatura de la independencia, cuyos temas se centraron en los aspectos políticos y sociales que definieron la época: deseos de justicia e igualdad, búsqueda de la libertad, la conformación de la identidad americana, el continente americano como tierra exótica.

La literatura se convirtió, según Grossman, en instrumento de la política, de la práctica no en pos de fines estético-literarios, sino por el efecto históricamente orientado o político-educativo¹. Por tanto, no es posible pensar la producción literaria de la independencia como un movimiento en sí mismo, aunque inició el camino hacia la búsqueda de la identidad americana en un entorno histórico que intentaba construir un nuevo orden social, explorando para ello una voz genuina que se independizará, también, de los cánones estéticos y lingüísticos impuestos durante el virreinato.

Entre los nombres que la tradición literaria en México ha transmitido figuran, entre otros: José Joaquín Fernández de Lizardi, Andrés Quintana Roo, Francisco Ortega y Fernando Calderón, a quienes hemos acudido para la consecución del propósito de este

¹ Grossman. Historia y problemas de la literatura latino-americana, 1969, p. 186.

texto. Volveremos a ellos más adelante. Encontramos, asimismo, aunque en otro tipo de creación textual, a los próceres Miguel Hidalgo y José María Morelos, quienes emprendieron la lucha por la emancipación y escribieron diversos textos políticos en los que, como es de suponerse, las mujeres no son visibles y sólo aparecen los hombres como género humano.

Si bien es cierto que la literatura de este período se cultivó en razón de las necesidades políticas y sociales, esto no impide su estudio desde diversos aspectos y enfoques, pues como se sabe, las nuevas lecturas y nuevas interpretaciones enriquecen la comprensión general que se tiene de dicha literatura, que es uno de nuestros objetivos. Por tanto, en esta ocasión el tema en que nos concentramos tiene que ver con la figura de la madre en la literatura mexicana de la independencia, que hemos identificado en algunos textos simbólicos de este espacio temporal.

Como sabemos, las conspiradoras son las mujeres más conocidas de la época, sobre todo por su decidido quehacer político; mujeres de carne y hueso que vivieron su circunstancia histórica de manera osada y valiente; entre ellas es imposible dejar de mencionar a:

- a) Leona Vicario, concebida como la mujer fuerte de la Independencia, conocida hoy como Benemérita y Dulcísima Madre de la Patria, título honorífico que le fue concedido por el Congreso de la Unión.
- b) Josefa Ortiz de Domínguez, a quien también se ha llegado a considerar Madre de la Patria.
- c) Gertrudis Bocanegra, Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín y Lazo de la Vega, Antonia Nava, "la Generala", Rafaela López Aguado, Manuela Medina, "La Capitana", María Luisa Camba, "la Fernandina", María Tomasa Estévez, entre otras.

Mujeres y madres sui generis para los estándares que prefigura el arquetipo femenino romántico de la época, que destacaba la feminidad, la debilidad, la delicadeza, el sometimiento y la obediencia como las virtudes que debían distinguir a la mujer, gracias a lo cual será concebida como el ángel del hogar.

En el poema La madre de los Rayones², Francisco Sosa reproduce la imagen de la madre guerrera, la que luchó por la libertad de su patria, que significaba la libertad para sus hijos y para sí misma:

"Duro caso, madre mía,
En esta vez os propongo;
Perdonad si mis palabras
Os llegan del alma al fondo.
Francisco, mi buen hermano,
Que combate cual nosotros

² El poema hace referencia a la madre de Ignacio López Rayón. Cfr. Romancero de la Guerra de Independencia. Tomo I, 1910, p. 73.

De España la tiranía,
Sin temor y sin rebozo,
Se encuentra ya prisionero
En Tlalpujahua; hace poco
Que este pliego he recibido.
En que Aguirre dice cómo
No le condena al cadalso
Si nuestra causa abandono.
Lo que la patria me ordena
En este trance horroroso.
Yo bien lo sé, madre mía,
Vuestra voluntad ignoro,
Y por eso os he llamado,
Y acataré vuestro voto”.

La matrona no vacila,
Aunque brillan en sus ojos
Dos gotas de amargo llanto,
Y exclama con fuego heroico:
—“Madre cual soy, yo daría
Mi sangre, y aún fuera poco.
Por libertar esa prenda
Que con toda el alma adoro;
Pero nací mexicana,
Y como tal, ambiciono,
Mirar a México libre
De sus tiranos, si el costo
De esa ventura es acaso
Vuestra vida, no me opongo;
Que antes que ver vuestra afrenta,
Quiero verter triste lloro
En los sepulcros alzados
por el español encono,
Que no perdona el delito
Que cometemos nosotros”.
Rayón a su madre escucha
Lleno de emoción, absorto;
Sobre su frente se inclina
Y la besa fervoroso.
Deja tú, Guzmán el Bueno,
Deja tu lecho de polvo.
Y saluda a la matrona
Que es de México tesoro³.

³ Romances de la guerra de Independencia, 1945, p. 71.

Con este poema, Francisco Sosa convierte en emblemáticas a las mujeres-madres insurgentes, a partir del halo de romanticismo con que envuelve la figura de la madre al destacar la decidida acción femenina de sacrificar a su hijo en pro de la libertad.

A las conspiradoras destina José Joaquín Fernández de Lizardi su Calendario para el año de 1825 dedicado a las señoritas americanas especialmente a las patriotas, en el que ofrece la biografía de algunas de ellas (Josefa Huerta de Escalante, Fermina Rivera o Manuela Herrera y María Petra Teruel de Velasco, Ana María García, Altagracia o María Dolores Mercado, entre otras), con la intención de destacar el activo papel que realizaron, lo que utilizará el autor como ejemplo para apoyar su ideal de la educación femenina, considerada como la base y fundamento de la sociedad; al mismo tiempo que inicia el mito de la mujer-madre.

Desde siempre a la mujer-madre se le ha asociado con la naturaleza (como madre-naturaleza o madre-tierra), con la patria (madre-patria), la religión (madre-virgen María), lo biológico (concepción y reproducción, nacimiento), lo sobrenatural (madre-diosa mitológica o hechicera) y lo simbólico (madre-perfecta); dimensiones ideológicas que se manifiestan en la literatura de la independencia conjuntadas en dos posturas fundamentales respecto a la figura de la madre:

- 1) Por un lado, la visión realista de la madre, representada por el retrato que hace de ella Fernández de Lizardi en sus obras, fundamentalmente en *El Periquillo Sarniento* (1816) y *La Quijotita y su prima* (1818) y algunas poesías.
- 2) Y por el otro, la visión ideal de la madre, intachable e intocable, equiparable a la virgen (en el amor que profesa a sus hijos, en la entrega a su deber y en la sumisión al señor) que atañe al concepto simbólico creado ex profeso y que pervive en el imaginario colectivo del siglo XIX.

Como vemos, de una u otra manera, en ambas posturas se relaciona el ser mujer con la maternidad, pues como señala Silvia Tubert:

A partir de su capacidad biológica, reproductora, se instaura un deber ser, una norma, cuya finalidad es el control tanto de la sexualidad como de la fecundidad de aquéllas. No se trata de una legalidad explícita, sino de un conjunto de estrategias y prácticas discursivas que, al definir la femineidad, la construyen y la limitan, de manera tal que la mujer desaparece tras su función materna, que queda configurada como su ideal⁴.

En este sentido, podría pensarse que la mujer-madre es sólo un cuerpo signifiante, construido así por las prácticas y discursos patriarcales dominantes de la sociedad del siglo XIX, a través del lenguaje, de la ideología y del contexto histórico que determinan las relaciones sociales, económicas y políticas que fijan su valor simbólico⁵, de lo que da cuenta la literatura de la época.

⁴ Tubert. *Figuras de la madre*, 1996, p. 7.

⁵ *Ibidem*, p. 11.

La madre es, indudablemente, la figura más poliédrica en el mundo de las creencias. Encarna el misterio de la vida, se la separa de su aspecto erótico-humano y se convierte en objeto de adoración; carente ya de humanidad, hermética y pasiva, se la vincula entonces con lo sobrenatural, con la religión, el mito: la Virgen María, que procede de la tradición judeo-cristiana y simboliza a la mujer perfecta, llega a América y se fusiona con Tonantzin, que representa a las madres del panteón náhuatl: Coatlicue, Chimalma, Xochitlicue; aparece entonces la madre de todos: la Virgen de Guadalupe⁶.

Es así que, en una sociedad netamente patriarcal como la mexicana, la figura de la madre es el mayor símbolo de la independencia, personificado en la Virgen de Guadalupe: la madre de los desvalidos (criollos, mestizos y demás castas), es la que genera unidad política y moral, la que prodiga un gran amor a sus hijos, los mexicanos; es la protectora de las repúblicas nacientes, es el emblema de la nueva sociedad republicana que se esforzaron por construir los hombres que lucharon por la libertad, por eso mismo las mujeres-madres debían de ser como ella y practicar las virtudes de la madre-virgen, pues tenían una gran misión: educar a las mujeres y hombres que conformarán la nueva sociedad mexicana. Es posible observar lo antes citado en el siguiente fragmento del poema de José Joaquín Fernández de Lizardi, Canción americana dedicada a María Santísima de Guadalupe o Himno y alabanzas⁷:

¡Qué dulzura de madre!
¡qué grandeza, qué amor!,
¡qué dicha AMERICANOS!,
¡qué noble protección!
(...)
¡Oh, nación venturosa!
pues de ti se escribió,
que el Señor de las Gentes
con otra así no obró.
Corresponde muy tierna
a tan crecido amor,
e imita las virtudes
de la que así te honró.
Y confiada consagra
a MARÍA el corazón,
y dile que tu culpa
hoy del todo expiró.

⁶ Ró a ska, "Los arquetipos de la mujer en la cultura latinoamericana: desde la cosmovisión precolombina hasta la literatura contemporánea". 2011. www.romdoc.amu.edu.pl/rozanska.html

⁷ Biblioteca Virtual Cervantes. 2011. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cancion-americana-dedicada-a-maria-santisima-de-guadalupe-o-himno-y-alabanzas/html/0dc544b0-7d5f-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html

Como mencionamos, en México la producción literaria de la época obedecía a un proyecto político-educativo bien claro: fue la portadora y propagadora de ideas para "mejorar a la sociedad, depurar sus costumbres, robustecer la moral pública, revalorar nuestro patrimonio geográfico y cultural, afirmar nuestra identidad y, con todo ello, fortalecer la conciencia nacional"⁸. Entre los escritores de ese período, José Joaquín Fernández de Lizardi fue quien se convirtió en el adalid de este propósito.

De los tres poetas mexicanos más reconocidos de la independencia: Andrés Quintana Roo (Oda al 16 de septiembre), Francisco Ortega (A Iturbide en su coronación) y Fernando Calderón (El soldado de la libertad), ninguno hace referencia a la madre, lo que refuerza la idea de la sociedad patriarcal en la que vivían los mexicanos en la independencia. En cambio, Fernández de Lizardi adopta la figura de la madre como uno de los personajes más significativos de su obra, pues igualmente significativa es la labor que las madres tienen en sus manos, ya sea para criticarla como en El Periquillo Sarniento, ya para conducirla a cumplir cabalmente con su misión como en La Quijotita y su prima.

La filosofía que nutre las ideas de Fernández de Lizardi sobre la mujer-madre proceden de la filosofía de la Ilustración y de la Revolución francesa. En el *Émile* (1762) J.J. Rousseau establece su teoría sobre la madre, que Fernández de Lizardi retomará al pie de la letra. Por principio, "todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre", dice Rousseau⁹, por esto mismo el hombre necesita ser educado y nadie mejor que la madre para realizar tan importante tarea:

Es a ti a quien me dirijo, tierna y prudente madre, que has sabido evitar la gran ruta y librar del choque de las opiniones humanas al naciente arbolillo. Cultiva y riega la tierna planta antes de que se muera; de ese modo, sus frutos ya sazonados serán un día tu delicia. Forma a su debido tiempo un círculo alrededor del alma de tu hijo; luego puedes levantar otro, pero sólo tú debes poder apartar la valla¹⁰.

La mujer-madre tiene, pues, una gran misión en la vida: criar a sus hijos.

Cuando las madres se dignen criar a sus hijos, las costumbres se reformarán en todos los corazones y se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo. El contraveneno más eficaz contra las malas costumbres es el atractivo de la vida doméstica; acaba siendo grata la pesadez de los niños,

⁸ Ruedas de la Serna. La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX. Al siglo XIX ida y vuelta. 1996, pp. 7-8.

⁹ *Émile*. Libro I, Bibliotecas Virtuales.

<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/otrosautoresdelaliteraturauniversal/Rousseau/Emilio/LibroI.asp>.

¹⁰ Rousseau. *Ibidem*.

logrando que los padres se necesiten más, se amen más uno a otro y estrechen entre ambos el lazo conyugal¹¹.

Por tanto, la madre debe permanecer en su hogar, ya que "el sitio de las madres es el lugar del niño", expresa Rousseau; de esta manera conseguirán "un apego sólido y constante por parte de sus maridos, una verdadera ternura filial en sus hijos, la estima y el respeto público, felices partos sin accidentes y sin consecuencias, una salud fuerte y vigorosa", y, por último, el mayor placer de todos: "verse un día imitadas por sus hijas y citadas como ejemplo; pues cuando la familia es viva y animada las tareas domésticas son la ocupación más querida para la mujer y más suave el desahogo del marido"¹².

Estas ideas que establecen la ubicación natural de las mujeres en el espacio privado y los hombres en los espacios públicos inciden de manera definitiva en la ideología de la época y justifican la subordinación al varón a la que se someterá la mujer en el siglo XIX. La familia conducida por la mujer-madre adquiere suma importancia pues el hogar es el medio para reforzar las buenas costumbres morales y la buena educación de los miembros de la familia, lo que acentúa el rol de la mujer como esposa y madre, pues se pensaba entonces que si la mujer cumplía satisfactoriamente sus deberes domésticos y morales disminuirían los desórdenes políticos y sociales, la promiscuidad y la guerra. Las mujeres, por tanto, estaban llamadas a regenerar la sociedad desde el hogar y a elevar el tono moral y religioso del mundo político y económico, un mundo prohibido para ellas. En este contexto aparecieron numerosas obras relativas a la educación de las mujeres respecto a su función en el hogar, cuya influencia se dejó sentir en la literatura.

Fiel a su estilo, Fernández de Lizardi establece en *El Periquillo* Sarniento que la madre es la causante de la mala educación de los hijos, concebida como una mujer caprichosa, ignorante, melindrosa que convencía a su noble e inteligente marido con lagrimeos para que aceptara lo que ella deseaba. En el texto, Lizardi ofrece una imagen grotesca de la madre, concebida desde una postura totalmente misógina:

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirían llenas de dolor y entusiasmo: mujeres crueles, ¿por qué tenéis el descaro y la insolencia de llamaros madres? ¿Conocéis acaso la alta dignidad de una madre? ¿Sabéis las señales que la caracterizan? ¿Habéis atendido alguna vez a los afanes que le cuesta a una gallina la conservación de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamáis hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonáis por un demasiado amor propio o por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atrevéis, la causa porque os somos fastidiosos. (...)

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos tenéis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud...¹³.

Un asunto que tomó gran importancia en el siglo XIX con respecto a las funciones de la madre, fue la idea de la lactancia materna, que procede de la época de la Ilustración. Al respecto, Silvia Tubert señala:

A partir de la Ilustración, los filósofos abogan por la lactancia materna, fundados en la idea de que la riqueza de las naciones reside en el número y calidad de sus habitantes. Así, se desarrollan los valores propios de la burguesía, a partir tanto de la denigración de las nodrizas mercenarias como de la denuncia del modelo aristocrático: la lactancia materna se convierte, en cierto modo, en el fundamento de una nueva identidad social. Diversos tratados difunden la idea de que la mujer, destinada "por naturaleza" a la maternidad, debe consagrarse exclusivamente a ella: es necesario adaptar el cuerpo de la mujer a la función reproductora, puesto que es la matriz del cuerpo social: se desarrolla entonces tanto la higiene como la moralización del embarazo, el parto y la lactancia. Pero en la medida en que la lactancia materna no podía establecerse en los medios acomodados mientras persistiera la prohibición de su coexistencia con las relaciones sexuales, se produjo una modificación en las relaciones de clase: las grandes damas esclarecidas se empeñaron en favorecer la lactancia materna entre las mujeres del pueblo. Las burguesas reaccionaron trayendo nodrizas a su domicilio, para poder controlarlas, lo que dio lugar al conflicto entre ambas mujeres¹⁴.

Fernández de Lizardi retoma este aspecto y lo critica ampliamente, lo que también le sirve de base para oponerse al empleo de las nodrizas, tal como lo establece Rousseau, y reforzar además el desagradable concepto de la madre que asocia con el de los animales: burra, gata, perra.

Ay hijos! Si os casareis algún día y tuviereis sucesión, no la encomendéis a los cuidados mercenarios de esta clase de gentes [nodrizas]; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños; pues como no los aman, y sólo los alimentan por su mercenario interés, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiente la de las criaturas que se les confían, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza a la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra

¹³ Fernández de Lizardi. El Periquillo Sarniento, 1897, p. 22.

http://rnbp.gob.mx/cerebro/coleccion/coleccion_pdf/31000000434.PDF

Nota: En adelante, todas las citas de El Periquillo Sarniento están tomadas de la fuente electrónica citada.

¹⁴ Tubert, Op. cit. p. 21.

puramente animal y destituida de razón. ¿Cuál de éstas fía el cuidado de sus hijos a otro bruto, ni aun al hombre mismo? ¿Y el hombre dotado de razón ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar a sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra o blanca, sana o enferma, de buenas o depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?¹⁵

Al igual que los ilustrados franceses, Lizardi reprueba el excesivo cuidado por parte de las madres, lo que produce hijos nefastos, como el Periquillo, un pícaro holgazán que en propia voz se describe como un mal genio, enfermizo, resabido, soberbio e impertinente, demasiado regalón y delicado, pues creció siempre sin dirección ni tino¹⁶.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcecito que otro niño de casa tuviera en la mano, o cosa semejante, se me había de dar en el instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdí yo el barrio a gritos; y como me enseñaron a darme cuanto gusto quería porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

De esta suerte fue mi primera educación física; ¿y qué podía resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, o pocas veces me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado a recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las extrañaba mi naturaleza, y ya a los dos y tres años padecía catarros y constipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquitico. ¡Ah!, no saben las madres el daño que hacen a sus hijos con semejante método de vida¹⁷.

En el texto, el personaje reconoce: “Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo”¹⁸. Por ello, los padres permiten la mala educación que la mujer brinda a los hijos en razón del gran amor que sienten por su esposa, aspecto que también señala Rousseau.

Es menester que sepáis, hijos míos, (por si no os lo he dicho) que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponía a todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veía afligirse o incomodarse demasiado, y ésta fue la causa porque yo me crié entre bien y mal, no sólo con perjuicio de mi educación moral, sino también de mi constitución física. (...)

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente; siempre se incomodaba con estas boberías; era demasíadamente opuesto a ellas; pero amaba

¹⁵ Fernández de Lizardi. El Periquillo Sarniento, p. 21.

¹⁶ *Ibidem*, p. 22.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 22-23.

¹⁸ *Ibidem*, p. 21.

a mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara, a su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intención, que mi madre y mis tías se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y mal criado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad o pernicioso a mi salud? Era imposible. ¿Reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo. ¿Refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías, mis necedades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

Todos disculpaban mis extravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de déjelo usted, es niño, es propio de su edad, no sabe lo que hace, ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos? y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre, y mi padre tenía que ceder a su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, acerca de la crianza o educación de sus hijos!¹⁹

Fernández de Lizardi no sólo critica a la madre en cuanto sujeto social, en lo que respecta a la mala educación de su hijo, sino que va más allá: la madre representa a la sociedad corrompida del siglo XIX, pues ella es (madre-sociedad) quien se encarga de transmitir el orden simbólico establecido, trastocado en ese momento. Así como el pícaro refleja a la sociedad en general, de la misma manera sucede con la madre, que la simboliza.

En *La Quijotita y su prima*, texto conocido como *Manual para la educación de las mujeres*, Lizardi sigue también los preceptos de los ilustrados en cuanto a la educación de las mujeres. De tal manera que aborda en ambos textos los mismos aspectos de la maternidad: la importancia de la lactancia materna, la reprobación de las nodrizas, la crítica a las mujeres-madres que se ocupan más de su belleza que de criar a sus hijos, y la alabanza a la mujer que sigue los preceptos de la buena educación. En voz del coronel y refiriéndose a Matilde, Fernández de Lizardi define a la buena madre:

Tú, sí, eres verdadera madre; tú, sí, cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en ti el imán de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en ti un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante a desempeñar este sagrado título²⁰.

Aunque la idea de Lizardi era aleccionadora al orientar a las mujeres que serían las madres de la nueva nación mexicana, pues de ellas dependía, en buena medida, la felicidad colectiva en tanto que educadoras de las generaciones de hombres y mujeres que impulsarían el proyecto político republicano, fue un censor que reprodujo en sus textos literarios imágenes chocantes de la mujer-madre y asentó claramente los roles que debía desempeñar:

¹⁹ *Ibidem*, pp. 22, 24.

²⁰ Fernández de Lizardi. *La Quijotita y su prima*, 1897. p. 28.

Ahora sí pienso que has comprendido cuán gravoso es el cargo de una madre, cuán recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuánta razón la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles por otra. –No tenga, dijo el Autor de la naturaleza en el acto de la formación de la mujer, no tenga ésta la robustez del hombre, que rinde a una fiera; no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y degüella enemigos de ciento en ciento; carezca del tesón del estudioso, que entre libros y vigiliass se consume por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes o averiguar el origen y modificación de las pasiones humanas. Quédense para éstos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio; resérveseles el penetrar los arcanos de la moral y la política; escudriñen cuanto puedan las verdades de la física, química y matemáticas; arriésguense a los mares y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religión y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mujeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el iris de sus disturbios, el imán de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas y el último consuelo en sus adversidades y desgracias; quédese para ellas, finalmente, el ser la delicia de los hombres, el encanto de los sabios, el gozo de los guerreros, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto será la madre a cuyos pechos y en cuyos brazos se criarán los sabios, los reyes, los justos y los santos²¹.

La cita anterior muestra la concepción que se tenía de la mujer-madre en el siglo XIX, que se complementa cuando el coronel dice: "...cuánta es la dignidad de las mujeres consideradas como esposas y madres de familias, y qué bien se hallan remuneradas de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, después de todo, esta misma debilidad las hace "inferiores a ellos por ley de la naturaleza"²². Con base en un juego de oposiciones, Fernández de Lizardi destaca los elementos que refuerzan lo masculino en contraposición con los elementos que refuerzan lo femenino, lo que coadyuva a la construcción de la identidad de ambos géneros.

De la Ilustración provino también la idea de un nuevo tipo de familia en América, más íntima y afectuosa que la anterior, en la que el eje giraría en torno a la madre; "de ella debía fluir la calidez y tranquilidad que era el principal atractivo de la vida: virtuosa, bonita, modesta y ruborosa, su felicidad consiste en hacer feliz a su marido y en atender las necesidades de sus hijos, ésta es su naturaleza", señala Carol Duncan²³. Por ello, la mujer tenía que ser educada para querer hacer las cosas que ella debía hacer; ésta era la finalidad de la educación femenina en el siglo XIX, pues la condición

²¹ *Ibidem*, pp. 84-85.

²² *Ibidem*, pp. 85-86.

²³ Duncan. "Madres felices y otras nuevas ideas en el arte francés del siglo XVIII". *Crítica feminista en la teoría e historia del arte*, 2007, pp. 212-213.

de la mujer era permanecer sometida a la voluntad masculina y patriarcal y se le educaba para ello. Éste era el ideal de mujer-madre del siglo XIX.

En este contexto enmascarador, señala Lucía Guerra, el imaginario de lo prescriptivo femenino se ancla en la figura de la Virgen María y el ángel del hogar, es decir, la mujer abnegada y sumisa que cuida a sus hijos y hace del hogar (espacio privado) el sitio de la armonía y felicidad para el hombre, un lugar en el que descansará de las duras labores que realiza en el espacio público; con ello, se crea una aureola de santidad en torno a la figura de la mujer-madre, que permanecerá en el imaginario colectivo y reforzará su rol de madre-esposa²⁴. Es natural, entonces, encontrar en la literatura la figura de la madre asociada a la fidelidad a su esposo y a la maternidad, amén de la exaltación del amor a la mujer-virgen-madre, símbolo máximo de la castidad, el sacrificio y el dolor; tal como lo expresa José Manuel Sartorio en sus Alabanzas de Partenio:

Sí, mi alma, yo te amo,
mi vida, te quiero,
mis ojos, te adoro,
mi bien, te confieso.
Mi madre, te aclamo,
mi luz, te venero,
mi amparo, te imploro,
mi salud, te aprecio.
Te invoco, esperanza,
te llamo, consuelo,
te nombro, dulzura,
te ansío, refrigerio.
Tú eres mi señora,
tú, mi dulce dueño,
tú, de mis servicios,
adorado objeto.
Tú mi sol hermoso,
tú, mi claro cielo,
tú, mi bella luna,
tú, mi firmamento,
tú, mi alegre huerto,
mi pensil tesalio
y mi campo ameno²⁵.

En el horizonte que comprende el periodo de la Independencia, advertimos uno de los rostros que adopta lo femenino en la sociedad patriarcal en la memoria de los tiempos: el de la madre. La madre ha sido una figura definitoria en la cultura

²⁴ Guerra. Mujer y escritura. Fundamentos teóricos de la crítica feminista, 2007, p. 11.

²⁵ Fragmento del poema IX "Se derrite Partenio en requiebros a su Señora", dedicado a la Virgen María. Sierra. Antología del Centenario, 1985, p. 35.

mexicana, ya sea en su concepción realista o simbólica, ambas corren parejas en el imaginario colectivo. Sin embargo, la mujer-madre en el siglo XIX no tiene una voz propia en la literatura de la independencia, adquiere su identidad a partir de la voz de los otros, desde el punto de vista masculino de los hijos varones -pues son los que escriben y publican-, son los que reproducen los esquemas ideológicos del padre y transmiten los estereotipos de la madre; es decir, la figura de la madre se configuró de acuerdo a la ideología masculina, blanca, heterosexual, occidental y dominante de la época que respondía a los intereses sociopolíticos de entonces, que los escritores dejaron translucir en sus textos. Son los varones quienes construyen la identidad de la mujer que trasciende en la literatura y determina la forma en que las mujeres tienen permitido relacionarse con el mundo. Son ellos los que establecen la normatividad y fijan los espacios de acción de las mujeres-madres, y la conducta que deben tener, incluso los niveles de sensibilidad que les está permitido expresar. La madre es lo que ellos quisieron que fuera, moldearon la figura de la mujer-madre y la proyectaron en la literatura y en la cultura a partir de una concepción patriarcal, rígida y hegemónica que hizo de la maternidad un símbolo: las mujeres fueron pensadas como esposas y madres, virginales y dóciles, humildes y sumisas, abnegadas y sacrificadas para vivir sólo en función de las necesidades de los demás.

Bibliografía

ACUÑA, Manuel, et. al. Romancero de la Guerra de Independencia. México: Imprenta del Tiempo de Victoriano Agüeros, Tomo I, 1910.

ACUÑA, Manuel, et. al. Romancero de la Guerra de Independencia. México: Imprenta del Tiempo de Victoriano Agüeros, Tomo II, 1910.

ARANGO, Luz Gabriela, et. al. Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Colombia: Ed. Uniandes/Facultad de Ciencias Humanas/TM Ed., 1995.

ARELLANO, Ignacio; LORENTE MEDINA, Antonio (Editores). Poesía satírica y burlesca en la Hispanoamérica colonial. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2009.

BUTLER, Judith. El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. España: Paidós, 2007.

CARILLA, Emilio. (Compilación) Poesías de la Independencia. Biblioteca Ayacucho. http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=103&begin_at=48&tt_products=59

Diario de México.

http://www.inehrm.gob.mx/archivos/diasdemexico/files/np_diario_08_07-251.pdf

DUNCAN, Carol. "Madres felices y otras nuevas ideas en el arte francés del siglo XVIII". Karen Cordero Reiman e Inda Sáenz (comps.), *Crítica feminista en la teoría e historia del arte*. México: UNAM/Univ. Iberoamericana, 2007, pp. 197-219.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. *La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*. México: Ballescá y Compañía, Sucesor, 1897.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. *El Periquillo Sarniento*, 1897. http://rnbp.gob.mx/cerebro/coleccion/coleccion_pdf/31000000434.PDF

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. *Canción americana dedicada a María Santísima de Guadalupe o Himno y alabanzas*. Biblioteca Virtual Cervantes. 2011. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cancion-americana-dedicada-a-maria-santisima-de-guadalupe-o-himno-y-alabanzas/html/0dc544b0-7d5f-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html

GUARDIA, Sara Beatriz (Compilación y edición). *Escritura de la Historia de las Mujeres en América Latina*. Lima: CEMHAL, 2005.

GUERRA, Lucía. *Mujer y escritura. Fundamentos teóricos de la crítica feminista*. México: UNAM, 2007.

GROSSMAN, Rudolf. *Historia y problemas de la literatura latino-americana*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1972.

HERNÁNDEZ, Carlos. *Mujeres célebres de México*. España: Maxtor, 2012.

JAGOE, Catherine, et. al. *La mujer en los discursos de género. Textos y contextos en el siglo XIX*. Barcelona: Icaria/Antrazyt, 1998.

PALACIO MONTIEL, Celia del. "Las mujeres de la independencia de México desde la historia y desde la literatura. Una visión desde adentro". FIAR, forum for inter-american research, 2012. ISSN: 1867-1519.

RUANO, Manuel (Prólogo, selección y notas). *Poesía amorosa latinoamericana*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, Col. Claves de América, 1994.

RUEDAS DE LA SERNA, Jorge. "Presentación" a *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX. Al siglo XIX ida y vuelta*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1996.

RÓ A SKA, Katarzyna. "Los arquetipos de la mujer en la cultura latinoamericana: desde la cosmovisión precolombina hasta la literatura contemporánea". *ROMANICA.DOC*, Numer 1 (2)/ 2011 ISSN: 2082-5161 (pp. 5-6). www.romdoc.amu.edu.pl/rozanska.html

ROUSSEAU, Juan Jacobo. *Émile*. 1762. Bibliotecas Virtuales.
<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/otrosautoresdelaliteraturauniversal/Rousseau/Emilio/Libro1.asp>

SALETTI CUESTA, Lorena. "Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad". *CLEPSYDRA*, 7, enero 2008, pp. 169-183.

SARTORIO, José Manuel. "Alabanzas de Partenio". Sierra, Justo, et. al. *Antología del Centenario*. Primera Parte. México: UNAM, 1985.

SIERRA, Justo. *Antología del Centenario*. 1910. Biblioteca Digital bicentenario
http://www.bicentenario.gob.mx/bdbic/index.php?option=com_booklibrary&task=view&id=401&catid=22&Itemid=29

SOSA, Francisco. "La madre de los Rayones". S/A. *Romances de la Guerra de Independencia*. Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 71. México: SEP, 1945.

SOSA, Francisco. "La madre de los Rayones". Acuña, Manuel, et. al. *Romancero de la Guerra de Independencia*. Tomo I. México: Imprenta del Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

Teatro mexicano. Historia y dramaturgia. XII. *Escenificaciones de la Independencia (1810-1827)*. México: CONACULTA, 1995.

TUBERT, Silvia (Edición). *Figuras de la madre*. Col. *Feminismos*. Madrid: Cátedra, 1996.

TUÑÓN, Julia (Compilación). *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*. México: El Colegio de México, 2008.

URBINA, Luis G. *La vida literaria de México y la Literatura mexicana durante la guerra de la Independencia*. México: Porrúa, Colección de Escritores Mexicanos, 1986. 3ª edición.

WALDE, Lillian von der - REINOSO, Mariel (Edición). *Mujeres en la literatura. Escritoras*. México: Destiempos, 2009.